

La crónica de Roland Barthes

Estilística

Bronquitis, fiebre, miseria del cuerpo: intento leer. Ahora bien, no puedo leer lo que está mal escrito; la página se emborrona; el libro se me cierra. La buena escritura (no forzosamente el gran estilo) sería una especie de droga, un facilitador. Frente a lo escrito, parece que nos encontramos como en un estado ordinario de disnea; el estilo es el oxígeno. Reexaminar toda la escritura bajo el ángulo de una terapéutica.

Copropiedad

Si Balzac escribiera en nuestros días una novela, no dejaría de incluir en sus páginas una asamblea de copropietarios. El local —una sala de café—, los tipos, los rostros, las indumentarias, los lenguajes, el discurso del síndico, el imperativo de los intereses y de las imágenes (la imagen que quien habla quiere ofrecer de sí mismo), todo eso sólo puede verse y escucharse una vez tocado por la literatura: percibo el pastiche (tal y como Proust habría podido realizarlo). Así se observa una extraña dialéctica: el presente (pues esta asamblea tuvo lugar hace ocho días) es, en el fondo, lo que está escrito. Lo inédito absoluto sólo está en los reldmpagos, los ruidos, las rupturas, los incidentes, los flashes de sentido que desintegran bruscamente la estructura. La estructura, la "escena", es algo que se describe siempre en pasado.

Una cena

En una cena me encontré en compañía de convidados desconocidos. Y muy pronto comencé a

aburrirme. Traté de averiguar entonces por qué, y creí descubrir esto: no eran los otros los que me aburrían; si hubiese podido volverme invisible, me habría interesado por sus palabras, por sus estilos, sus personalidades, por el pequeño "match" de las imágenes sociales; en una palabra, por las reglas y las diferencias. Pero estaba paralizado por el miedo de que mi propio lenguaje (que preveía "intelectual") no pareciera incongruente y (lo pensaba en el fondo de mí mismo) como loco. A partir de ese momento comencé a deslizar me por la pendiente del mutismo: me aburría de parecer aburrido. El aburrimiento es una especie de histeria.

Desmistificar

Durante mucho tiempo creí que un intelectual medio, como yo, podía, debía luchar (aunque sólo fuese cara a sí mismo) contra el estallido de las imágenes colectivas, contra la manipulación de los afectos. Eso se llamaba "desmistificar". Sigo luchando de vez en cuando, pero en el fondo apenas creo ya en ello. Ahora que el poder está en todas partes (grande y siniestro descubrimiento —aunque sea ingenuo— de la gente de mi generación), ¿en nombre de qué partido desmistificar? Quien denuncia la manipulación se convierte a sí mismo en parte de un sistema de manipulación: recuperado, tal sería la definición del sujeto contemporáneo. Ya no quedaría sino hacer oír una voz de al lado, de otra parte: una voz fuera de toda relación. ■ R. B. "TRIUNFO" y "Le Nouvel Observateur".

posterior enfriamiento y pérdida de densidad de la "sopa cósmica" habría hecho posible el inicio del proceso de constitución de núcleos complejos, cuyo resultado final serían las galaxias y las estrellas. El futuro del Universo pende de dos alternativas en función de que la densidad cósmica sea menor o mayor que un cierto valor crítico. Si es menor, el Universo seguiría expandiéndose eternamente y enfriándose, después de llevar a su fin todas las reacciones termonucleares. De lo contrario, si la densidad crítica es mayor, la expansión del cosmos será finita y terminará con una contracción acelerada.

"Los tres primeros minutos del Universo" es una interesante obra científica penetrada de un gran humanismo crítico. ■ PEDRO FERNAUD.

Sñar para nada

"Cuando uno hace una cosa sabe perfectamente que la está haciendo" (J. M. Cain. "El cartero llama siempre dos veces").

James Mallaban Cain es como una máquina que fotografía la caída en el delito de personas po-

bres y soñadoras, acosadas por las circunstancias de un contexto capitalista omnipresente y desplazado, cuyo proceso de derrumbe ético va acompañado casi siempre de inútiles esfuerzos por salir de la ruina en que se ven inmersos.

Las señas identificadoras de la mejor novela negra aparecen claras en Cain: personajes muy definidos, utilización del tema criminal como una vía de acercar el realismo a la narración, contundencia y concisión expresivas, carga crítica, diálogos cortos y ágiles y un deseo renovado en cada página por sacar a la luz, sin peroratas, la cara sucia, triste y cruel del "american way of life".

Cain, con sus historias de violencia, ha contribuido a esa nueva forma de realismo que supone una de las cimas literarias más genuinas de la novelística norteamericana de los últimos cincuenta años.

En el prólogo a varios de sus libros, el mismo Cain ha reivindicado este papel, al rehusar ser catalogado simplemente como un escritor "duro", sin valorar su aportación a la escuela realis-



James M. Cain.

ta y la exactitud del lenguaje vernáculo empleado en sus novelas.

Nacido en Annapolis en 1892, J. M. Cain fue periodista antes de publicar, en 1934, su novela más conocida: "The postman always rings twice", que tuvo un gran éxito y se ha reeditado ahora con el título de "El cartero llama siempre dos veces" (1).

En casi todas las novelas de

(1) "El cartero siempre llama dos veces". James M. Cain. Alianza/Emecé, Madrid, 1979.

Cain, el sexo, desprovisto de artificio, está presente en las motivaciones y el egocentrismo de los personajes. "El cartero siempre..." no es una excepción, pero aquí aparece todavía envuelto en una posibilidad de esperanza, a condición, claro, de que los participantes en la ilusión no sean demasiado exigentes y decidan hacer, de vez en cuando, tabla rasa de todo lo anterior. Así, con algunos ingredientes de erotismo primario, azar paradójico, violencia larvada, y la soledad radical de un hombre y una mujer que se encuentran y están dispuestos al crimen para no separarse, Cain elabora un mecanismo novelístico simple, cuyo interés estriba no en saber quién es el asesino, sino en dejar que el asesino narre su propia peripecia. Ello con la condición, claro, de cumplir con la primera regla de toda novela de intriga: no aburrir al lector.

En cuanto al estilo de Cain, es más vehemente y brío que el de Hammet, y conserva puntos de contacto con el sarcasmo, posterior, típico de Chandler. Un estilo apropiado para narrar la desgarrada historia de dos seres inquietos y desdichados, en el Sur de Estados Unidos, que intentan comprar la felicidad con el crimen y, después de soñar en una nueva vida, terminan en la nada. Tal y como empezaron. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

La nueva psiquiatría gallega

Este magnífico libro (1) recoge fielmente la situación de la psiquiatría en Galicia, desde el estado de las instituciones psiquiátricas —Toen (Orense), Conxo (Santiago), Castro (Lugo), Rebullón (Vigo)— a las instituciones extrahospitalarias, escasas y totalmente insuficientes, pasando por las diferencias en la distribución de recursos entre las zonas urbanas y las rurales, la práctica y clínicas privadas, la formación del personal sanitario, la desatención a los problemas infantiles y juveniles relacionados con la salud mental, el alcoholismo, los problemas psíquicos derivados de la emigración y los creados por una psiquiatría "coloni-

(1) José García y Emilio González. "As institucións da locura en Galicia. Por unha nova psiquiatría". Abraxas. Santiago, 1978.

zadora" que rechaza la lengua y la cultura gallegas, y sobre ese deliberado desconocimiento impone normas de salud y pautas de tratamiento ajenas, en gran parte, a la vida real de la población.

Los autores del libro aportan

en él su destacada experiencia en la transformación institucional de Conxo, donde trabajaron de 1972 a 1975 en lucha constante contra la administración reaccionaria de la Diputación y del centro, que finalmente les expulsó junto con el amplio grupo

de profesionales que verdaderamente querían transformar el manicomio de Conxo y no sólo, como pretendía la administración, blanquear su fachada para que su opresión interna no fuese tan visible a la población.

Después de su expulsión de

Conxo, Xosé García y Emilio González, abrieron, con la inestimable ayuda de algunas organizaciones ciudadanas, el Centro Psicosocial de Ferrol, cuya evolución y formas de trabajo relacionadas ampliamente en el libro, destacando el uso y el conocimiento del lenguaje y la cultura gallega, el trabajo en equipo, el enfoque colectivo de los problemas de la salud mental, la asistencia familiar y la atención a domicilio, la evitación del internamiento, las tareas de prevención e higiene, la colaboración voluntaria de los vecinos con el equipo en la atención y discusión de los problemas, e incluso en el sostenimiento material del centro.

El libro contiene datos y reflexiones valiosas de quienes conocen bien una realidad que luchan por transformar. Los autores han incluido también alguna "pieza antológica" de la vieja ideología manicomial, como el documento-encuesta enviado a los médicos de Conxo por la señorita gerente del centro, tratando de investigar sobre la vida sexual de los pacientes internados. ■ MANUEL GONZALEZ DE CHAVEZ.

ADIOS A LAS LETRAS

Superventas

Ya en los best-sellers españoles hay libros españoles, aparte de las novelas de Vizcaíno Casas, esas búsquedas desafortunadas del cero absoluto de las que ha hablado Rafael Conte.

El último libro español en llegar a nuestras listas de best-sellers es "Extramuros", de Jesús Fernández Santos, novela tan bien tratada en esta misma revista, y en otras publicaciones, que aquí todo el mundo parece ponerse de acuerdo a veces de forma unánime.

El superventas de Fernández Santos ha sido una sorpresa sólo si se contempla el mundo editorial español como una unidad de destino en lo universal.

"Extramuros" inauguró una colección cuya editorial se propuso poner el libro al alcance de la gente. Eso, que parecía una utopía, puede lograrse, porque al fin y al cabo, aquí tampoco somos tan especiales, y somos capaces de leer literatura, aunque sea de calidad.

Lo que hizo la editorial fue poner el libro al alcance del lector, ofreciendo una edición digna, seria y legible a un precio asequible.

En la misma colección ha colocado esa misma editorial un best-seller natural: el "Factor humano", del escritor británico Graham Greene. El de Graham Greene, no podía ser menos, es el libro de la primavera. Greene —un nombre que tanto se asemeja a verde, en inglés— es un escritor primaveral, viajero, rápido y audaz, como un diplomático de ningún país. Jesús Fernández Santos protagonizó, con "Extramuros", el libro del invierno. Y es cierto: Jesús es un ser invernal, cuya vitalidad refulge dentro de una gabardina azul con la que acude, como si estuviera perennemente solo y callado, al Café Gijón por las tardes. Es un hombre al que uno se imagina acurrucado contra el fuego de los conventos, huyendo del sol de las calles.

Santos y Greene vienen a desmentir una vieja falacia: en este país se lee en cualquier estación, y se leen los libros de calidad cuando éstos llevan los envoltorios y van rodeados de los estímulos que son precisos para no detener al comprador en el mismo momento de la venta.

Quizá este país va en camino de empezar a leer de verdad. Un día, la presencia de Fernández Santos en una lista de best-sellers resultaría menos sorprendente de lo que ahora parece. Le resultará sorprendente a Vizcaíno Casas, que se situará entonces entre los más vendidos de la novela del Oeste. No otra cosa que la civilización occidental es la que defiende este escritor agrícolico de la costa valenciana.

La obra de Fernández Santos apareció en el mercado, además, casi al tiempo que otra gran novela de la literatura española actual: "La cóle-



Graham Greene.

ra de Aquiles", de Luis Goytisolo. En ambos casos, los dos autores tocan la piel del lesbianismo, o se adentran en esa piel para mostrar las características de siglos diferentes de la cultura de este país. Si nadie en el siglo XVII escribió la novela de Fernández Santos sobre el amor probable de dos monjas de clausura, los historiadores del futuro tendrán en "Extramuros" la mejor imagen de aquel episodio, una vez que las cenizas del cataclismo los dejen sin otros documentos de aquel siglo. Si el cataclismo nos ocurriera ahora y quedara "La cólera de Aquiles", los reconstructores de la Historia tendrían elementos suficientes para recomponer la imagen de la burguesía catalana de esta era.

Por fin los escritores españoles dejan de mirar a su ombligo, o quizá comienzan a mirarse con más atención en él.

Ahí debe estar la base del best-seller, ahí, y en los precios de los libros, en su presentación, en la superior calidad de vida, en la necesidad de encerrarse de nuevo con la letra impresa y abandonar, por fin, la caja idiota de la que sale la imagen feroz de la UCD diciéndonos que hicimos bien comprando su opción política alcanforada. El día de la votación voy a leerme un cuento de Quevedo, un poema de Góngora, una fábula de Iriarte, que, al fin y al cabo, era caribeño, como yo. ■ SILVESTRE CODAC.

CINE

"Las fuerzas vivas"

La última obra mexicana del español Luis Alcoriza, rodada en 1975, se estrena ahora discretamente en Madrid. Sus títulos anteriores han corrido igual suerte en nuestro país: "Tiburones", "Tlayucán", "Tarahumara", "Presagio" o "Mecánica nacional" son los únicos que han tenido cierta luz en pantallas españolas y, de cualquier forma, lo han hecho de manera casi privada. Y es lamentable. Luis Alcoriza es uno de los más inteligentes, ácidos, divertidos y lúcidos directores españoles. Y aunque "Las fuerzas vivas" no sea la mejor de sus películas, reúne todos los ingredientes que hacen de este director, no ya un sucesor de Buñuel como se dice normalmente para traducir los trabajos que Alcoriza ha realizado junto al maestro aragonés, sino a toda una tradición cultural española que en el campo del cine tiene ahora su mejor exponente en Berlanga. A muchas películas de